

Me contaba Padre cuando era chico que cuando él fue mozo apenas había unas cuarenta personas viviendo en el pueblo, y yo que no me lo creía, le preguntaba si era verdad aquello.

— ¡Pardiez, te voy a esnucar!, —decía Padre— cierra el morro y atiende. Andaba yo con algo más que tus años cuando el padre Ciriaco se debió de estozolar, volviendo de Aguilar de Campoo, con unos cantos negros. Se fue a ver a los hermanos Collante, que tenían minas, y se topó con que había encontrado carbón. Llegaron acá los dandis y echaron un ojo, con la dicha de que pudieron montar la mina. Cuando terminaron se hizo en la aldea una fiesta grandiosa; las muchachas aguardando a que las sacáramos a bailar con los gaiteros, y las señoras preparando farinetas y tortillas para comer con el vino y la sidra. Nosotros nos apretujábamos para mirar a esos que venían de otros sitios con sus familias a trabajar, porque Barruelo se convirtió en pueblo minero. En aquel baile conocí yo a tu madre... ¡Arrea que vas por hilo!, ¿has hecho tus tareas?

Ya de zagal supe que también trabajaría en la mina, y Padre se ocupó de hacerme grande y fuerte, quería evitar que yo también acabara con el martillo neumático que abría nuevas galerías y que a él lo estaba dejando sordo. Me traía instrumentos que se iban perdiendo o estropeando: picas, hachos, martillos de picador... y luego me mandaba hacer cosas en la era para ganar fuerza. La vida discurría en torno a la mina incluso en el tiempo libre. Corríamos a las vías cada día y esperábamos a que apareciera la locomotora. Salían las mulas tirando de las vagonetas, cargaban la hulla en el tren y volvía a marcharse. Al principio observábamos de lejos, pero al tiempo nos atrevimos a desafiar a la impresionante máquina quedándonos en las traviesas hasta el último momento.

—¡Modorros, salid de ahí! —gritó una voz femenina una tarde. Así conocí a Azahara, cuya familia había llegado del Sur con la esperanza de ganar más en la mina, y yo esperaba que se quedara a mi lado por siempre. Su piel morena y su pelo, tan oscuro que reflejaba azul la luz del sol, me serían más útil que el autorrescatador, pues dejé el campo para adentrarme en la mina.

—¡Quiá, no seas rabosa! —se quejó mi amigo Quirce.

Nunca olvidaré nuestro primer día: caminé hasta el castillete con él a mi lado, acongojados los dos, montamos en la jaula metálica y comenzamos a bajar a una velocidad que marearía a un halcón. Cuando el cable de la polea se detuvo, nos encontramos en una densa oscuridad, ni si quiera podía ver a mi compañero. El ruido me perforaba la cabeza bajo el casco, y el calor húmedo me golpeó. Alguien abrió la jaula y nos sacó de ella antes de que desapareciera. Descubrí que me temblaban las piernas y se me saltaban las lágrimas de miedo. Una luz débil salía de la lámpara Davy que llevaba en la mano un hombre manchado de sudor negro. Estaba a mi lado, pero no podía ver más allá de él.

— ¡Muy bien, novatos, comenzaréis picando! —gritó el hombretón.

Caminamos casi a oscuras, siguiendo la luz hacia el corazón de la mina para entrar a una rampla por la que apenas cabíamos. Posé el pie junto a lo único que veía, un tronco de madera inclinado. El suelo se ladeaba hasta ser casi vertical y me aferré al madero. Mi corazón se desbocó, me mareé, voces de trabajadores que no podía ver me alentaban. Las luces que llevábamos dejaban ver apenas un poco del recorrido: hileras de leños (nuestro único apoyo) que descendían hacia el vacío donde el carbón llegaría a las galerías inferiores para ser recogido, y una única entrada de apenas cincuenta centímetros.

Me aseguré la mascarilla sobre la boca, no sabía cuánto tiempo llevaba allí. ¿Minutos, horas? Los ojos me dolían de no ver nada y se me humedecían cada vez que alguna china me golpeaba los párpados. Sentía el cuerpo embarrado, el polvo que había en el aire se me pegaba a la piel sudada. Moví el hombro para intentar relajar los músculos y continué. Levanté los casi doce kilos de martillo de acero y apreté el gatillo, empujando la punterola contra la pared. El aire desfiló por la manguera al repercutor, haciendo que me tuviera que agarrar a la madera para no caer. Las rocas saltaban al abismo sobre el que yo también pendía, apenas podía oír cómo caían por el estruendo del martillo. Buscaba las grietas en la pared, de arriba abajo, una y otra vez, durante horas. Cuanto más picábamos, más cobrábamos. Levanté el martillo y lo dejé resbalar por el muro. Pensé en Madre, que intentaba no llorar cuando salí a laborar. Alcé el martillo y golpeé la pared de roca. Recordé los osos que bajaban de Cantabria, a los que observábamos desde los árboles. Subí el brazo para dar un nuevo

golpe, el carbón se desprendió y cayó al vacío. Cogí aire, pero no podía, estaba demasiado cargado y caliente. Recé para saber cuándo respiraba aire y cuándo inhalaba gas.

Quirce y yo besamos suelo al salir. Mis ojos se quejaron, deslumbrados por la luz del atardecer y oía un pitido que no cesó en horas. Nuestros nuevos compañeros nos daban ánimos, nos felicitaban por el trabajo hecho: —Tomáoslo con calma, no intentéis acabar con la mina porque antes ella acabará con vosotros —aconsejó uno.

—Algunos se lo hacen encima —nos contó el jefe, el hombretón— Mañana entibaréis, mas antes debéis atibar el tramo que habéis agotado hoy.

Volvimos con la aurora, aún cansados, para rellenar la rampla y evitar que se derrumbara. Al terminar descendimos a la nueva galería. Cortábamos los troncos y los encajábamos en las paredes y en el techo, asegurando el nuevo espacio abierto en la montaña. El ruido allí era peor; el martillo que perforaba la roca era enorme y hacía que mi cráneo temblara, no sabía cómo mi padre podía soportarlo. Al fin y al cabo, sustituía a un hombre que casi perdió la mandíbula al recibir un golpe del repercutor. Mientras trabajábamos, un obrero golpeó con el hacho la mano de otro. La afilada hoja metálica atravesó la muñeca del hombre, que salió de allí corriendo, pero no podíamos hacer más que seguir entallando. Al cabo, con la angustia aún en el estómago, un mozo respiró hondo y se introdujo por el conducto por el que llega el carbón para ser cargado en vagonetas. “¡Está loco!” gritó Quirce, y el jefe le dijo que un trozo de carbón se había atascado y debía desatrarcarlo.

En aquel momento, el martillo liberó grisú. El estallido fue instantáneo: Padre salió disparado y el mozo cayó del conducto bajo kilos y kilos de carbón, empero seguían vivos. Mi garganta comenzó a cerrarse, y todos los mineros sacamos el autorrescatador, nos lo fijamos a la cabeza y apretamos la boquilla con los dientes, respirando aire limpio. Hicimos lo propio con los heridos y nos apresuramos a la jaula. Era la primera vez en que el único sonido procedía del ir y venir de la jaula, que volaba a diez metros por segundo. Padre no volvió a caminar, y el muchacho murió en el trayecto al exterior.

Los meses pasaron monótonos. Ir al pozo, intentar conseguir un martillo en lugar de una pica, pasar el día picando a oscuras. En ocasiones las lámparas se apagaban, indicando que había dióxido de carbono. Otras, el monóxido acababa con el canario. Más de una vez sentí que me asfixiaba y tuve que dejarme caer por el talud, hacia el oxígeno, intentando alcanzar un madero para no estrellarme contra el suelo. Había accidentes todos los meses.

—¡Ruy! Estás hecho un Cristo —gritó Azahara al verme aquella noche. Llevábamos saliendo cinco años, los mismos que trabajando en la mina. “¿Te desposarás con la pica?” decía ella de vez en vez, pero ignoraba que le había pedido la mano a su padre. Él sabía que la amaba y que había trabajado duro, y me dio su bendición. Sólo esperaba el momento.

Tampoco olvidaré el instante en que la llama de la lámpara se tornó azul, pero Quirce no se percató y el grisú estalló mientras los demás nos soltábamos. Tras perder a mi mejor amigo, necesitaba marcharme de Barruelo. Algún tiempo después heredé una pequeña fortuna, lo que me hizo tomar una decisión. Pasaba la mayor parte de mi tiempo picando en la mina, alejado de la luz del sol, hasta que finalmente llegó mi último día. Sólo lo sabíamos los mineros, era una sorpresa. Aquel día no paraba de orar para que no me ocurriera nada, y a la noche todos celebraron y lloraron mi jubilación.

Me vestí con mis mejores galas y ensillé mi lustroso caballo, con el que aparecí en la puerta de Azahara para llevarla al monte. La brisa agitaba su cabello y las hojas verdes durante nuestra cháchara. El amor sustituyó al grisú de mi nudo en la garganta. Al crepúsculo, con el cielo desangrándose y sus ojos teñidos de oro, me arrodillé ante ella y le mostré un anillo.

—Azahara, luz de mi vida, ¿te casarás conmigo?